

# Una paradoja argentina: escrache y fascismo

Héctor Ghiretti

*Universidad Nacional de Cuyo, Argentina*

## Vasos comunicantes

En el discurso democrático no hay peor condena que calificar a una persona, una institución, una idea o actitud de *fascista*. El fascismo parece ser la condición más abyecta y horrenda en materia de sensibilidad política contemporánea. La suma de todo lo que un demócrata rechaza y detesta. Esta idea de radical enemistad entre fascismo y democracia está, sin embargo, lejos de ser indiscutida. Yaacov Talmon, profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, publicó a fines de los cincuenta un libro fundamental para comprender la naturaleza del fascismo: *Los orígenes de la democracia totalitaria*. Talmon sostenía que fenómenos políticos como el fascismo eran en realidad subespecies de la democracia. Las contemporáneas teorías sobre el populismo no hacen sino reafirmar indirectamente este parentesco. Estas corrientes subterráneas que conectan fenómenos aparentemente antitéticos permanecen insospechadas para las formas más vulgares o superficiales de caracterización ideológica. Así, algo que parece totalmente rechazable desde el punto de vista democrático es casi inevitablemente tildado de fascista.

## Un ambiente político enrarecido

Una de las promesas que hiciera el ex presidente Néstor Kirchner al recibir el bastón presidencial en 2003, después de una profunda crisis económica, política y social, fue convertir a la Argentina en un

“país normal”. Independientemente de lo problemático que resulta ese criterio, lo cierto es que difícilmente la situación política actual del país pueda calificarse de normal, al menos desde el punto de vista democrático-liberal. Desde entonces el *kirchnerismo*, facción proveniente del peronismo y otras fuerzas políticas, no ha abandonado el poder, generando una seguidilla de tres períodos de gobierno consecutivos en la que Kirchner, fallecido en 2010, fue sucedido por su esposa, Cristina Fernández. A medida que el clima económico y social le era cada vez más adverso, el kirchnerismo —que comparte algunos rasgos del llamado populismo latinoamericano— comenzó a impulsar políticas progresivamente más agresivas en materia de comunicación, propaganda y hegemonía cultural e institucional, con un fuerte acento en lo ideológico.

Las últimas elecciones presidenciales de 2011 supusieron una arrasadora victoria por el 54% de los votos, lo que se tradujo en una radicalización del proyecto hegemónico, sintetizado en la consigna presidencial del “vamos por todo”. En este clima de total superioridad del gobierno, la esfera pública ha experimentado una serie de fenómenos distorsivos. La oposición se halla desarticulada y ha perdido capacidad de respuesta. Las voces críticas y la disidencia han sido acorraladas a ámbitos reducidos. No son infrecuentes episodios de presión institucional, vigilancia y también extorsión (conocidos como “aprietes”) a través de organismos del Estado. En este clima enrarecido, muchos dirigentes políticos e intelectuales no han dudado en advertir tendencias “totalitarias” y derivaciones “fascistas” en el gobierno.

El descontento ciudadano, en consecuencia, ha buscado formas no institucionales de expresión, tales como las huelgas, las marchas callejeras y otras formas de protesta directa, al menos hasta

las elecciones legislativas de octubre, en las que el oficialismo parece encaminarse a una derrota a manos de facciones disidentes del peronismo y la oposición.

### El epíteto preferido

“Fascista” fue el adjetivo con el que muchos intelectuales, periodistas y dirigentes políticos calificaron de forma casi unánime una serie de incidentes sucedidos durante los primeros meses de 2013, y que han venido repitiéndose con mayor o menor publicidad hasta ahora, al punto de obligar a los afectados a evitar la exhibición inermes.

Varios funcionarios, entre ellos el viceministro de Economía Axel Kicillof, fueron sorprendidos en lugares públicos y se los hizo objeto de insultos, protestas, burlas y manifestaciones de repudio por parte de las personas que los rodeaban. Es asimismo frecuente que en lugares tales como restaurantes y bares, cuando se detecta la presencia de algún funcionario de alta exposición pública, los asistentes manifiesten su descontento, hasta forzar la salida del personaje.

La práctica es universal, pero en la Argentina tiene un nombre propio: es el escrache. Jorge Asís, reconocido escritor y ensayista, ex funcionario del gobierno menemista, en una impugnación que tiene mucho de corporativo, no dudó en calificar el escrache de “fascismo precario”. La propia esposa de Kicillof atribuyó el incidente al “inconsciente *facho*”. El mismo juicio le mereció a Patricia Bullrich, dirigente política de la centroizquierda y actual diputada nacional por la Coalición Cívica.

Por su parte, el periodista y ensayista Miguel Wiñazky se apresuró a rectificar, acertadamente, que el escrache no era una práctica propiamente fascista, pero sostuvo

que se trataba de una especie de “fascismo mágico”, sin explicar en qué podría consistir tal cosa. Su planteamiento se extravió completamente al señalar en la Inquisición el origen de este tipo de prácticas, algo que difícilmente podría atribuirse a la buena fe.

Finalmente y para no aburrir, Norma Morandini, escritora y periodista, ex legisladora nacional por el Frente Amplio Progresista, evitó identificar el escrache con una práctica fascista al reconocer en él una práctica habitual de las organizaciones de derechos humanos para denunciar a personas acusadas de haber practicado el terrorismo de Estado que gozan de impunidad, pero sostuvo que fuera de ese contexto se trataba del resabio de una cultura política “autoritaria”.

### Teoría y práctica del escrache

No parece que la intelectualidad ni el periodismo hayan sabido dar con el carácter y el origen de la práctica social del escrache. ¿De qué se trata? En su exhaustivo *Panorama del lunfardo*, Mario Teruggi da cuenta de la interesante discusión sobre el origen del vocablo, seguramente vinculado al mundo del delito y la estafa y de raíz incierta, probablemente itálica, francesa o hasta inglesa, cuyo uso puede rastrearse desde fines del siglo XIX.

La palabra deriva de *escracho*, voz polisémica que significa “cara o rostro” particularmente en situaciones de reconocimiento policial, y por extensión “cosa o persona fea, desagradable”. *Escrachar*, por su parte, significa “romper o destruir”, pero también “golpear en la cara”, “fotografiar a alguien contra su voluntad”. Más comúnmente significa “poner en evidencia”, con la particularidad de que lo que se muestra es algo vergonzante. Es sinónimo de afear, de exhibir públicamente lo que no se quiere reconocer o se oculta de forma

deliberada, o como se diría en un giro también propiamente rioplatense, “mandar al frente”. Originariamente *escrache* no tiene un significado propiamente político, aunque fue asiduamente empleado por los activistas de derechos humanos en el sentido ya mencionado a partir de mediados de la década de 1990, tal como consigna el *Diccionario del habla de los argentinos*.

El escrache ha pasado a ser un tipo de acción en el cual un grupo de descontentos que reprueba las ideas o las acciones de una persona y que, organizado u operando de forma espontánea, advierte y aprovecha la exposición en algún lugar público de la víctima para dirigirle insultos, burlas, reproches y protestas o cánticos denigratorios. Ocasionalmente está acompañado de otras formas de expresión como pancartas, disfraces, y también puede dar lugar a agresiones físicas leves como golpes o empujones, el lanzamiento contra el escrachado de sustancias y objetos tales como pintura, huevos, verduras, zapatos, algún fluido repugnante, etc. En el ámbito político, la práctica del escrache es propia de grupos opositores o disidentes que impugnan la acción o la política que llevan a cabo uno o varios dirigentes o funcionarios, o su ideología, o aspectos de su vida personal que no se condicen con su función o su cargo, o asuntos de su vida pasada que lo descalifican directa o indirectamente para dicha función.

### Los usos del antifascismo triunfante

Más allá del vocablo, el escrache está lejos de ser un invento argentino, aún cuando el término haya trascendido las fronteras del país y sea de uso común en la España de hoy, sumida en una compleja crisis económica y social. Pero ¿hay alguna razón para atribuir las prácticas del escrache al fascismo? Es curioso que los

casos quizá más flagrantes de escrache del siglo pasado fueron los que protagonizaron los antifascistas, es decir, aquellos que lucharon (o decían luchar) contra el fascismo y sus aliados.

El escarnio al que se sometió en Francia, Italia, Bélgica y otros países liberados de las fuerzas del Eje a las mujeres “colaboracionistas” que habían tenido algún tipo de comercio afectivo o carnal con los ocupantes, rapadas, mancilladas, golpeadas, y hasta vejadas, incluso junto a sus pequeños hijos, muestra la miseria que muchas veces mostraron los vencedores.

Hay interesante literatura sobre el tema –vale la pena mencionar *Les vaincus de la libération*, el venerable y valiente libro del escritor y veterano de la Resistencia francesa, Paul Sérant– pero quien quiera ponerse rápidamente en contacto con el fenómeno (y las duras consecuencias para sus víctimas) lo puede encontrar en filmes como el clásico *Hiroshima mon amour*, de Alain Resnais, o *Malena*, de Giuseppe Tornatore, protagonizados por Emanuelle Riva y Monica Bellucci, respectivamente.

### Escrache y democracia liberal

La condición de posibilidad del escrache es que el grupo que lo realiza no tema perder por ello las garantías individuales, que son consagradas por los sistemas democrático-liberales. Puede hacerlo porque sabe que el poder del Estado tiene límites infranqueables que le impide perseguirlos, procesarlos por fuera de la ley o suspender sus derechos.

El escrache, en consecuencia, es un tipo de intervención pública propiamente democrática, con la que es posible mostrar desacuerdo o indignación abiertamente, sin por ello arriesgar la libertad personal, los bienes o la integridad física. Es un caso de violencia mitigada o mimética tolerada por

sistemas garantistas, que aparece cuando fallan otros mecanismos de acción, expresión y representación política. Al salir de su ámbito protegido y entrar en el espacio público, el funcionario o el político se hace vulnerable a la impugnación directa de los ciudadanos.

El fascismo, por el contrario, suprime toda posibilidad de disidencia abierta o pública con el régimen. Los opositores son, en virtud de tal condición, perseguidos con la ley y también con la fuerza, castigados social y profesionalmente, expulsados, proscritos, encarcelados o asesinados. En un régimen fascista los contactos del líder con los ciudadanos comunes son acontecimientos perfectamente coreografiados, cuidados hasta el mínimo detalle, para evitar cualquier episodio desagradable. En ese contexto, el escrache no es una acción *contra* el poder y la impunidad, sino *del* poder y la impunidad, siempre como preludeo o seria advertencia de medidas mucho más radicales de silenciamiento y represión. Es un tipo de acción intimidatoria de baja intensidad controlada por el poder, que dispone de todos los medios del Estado para potenciar a voluntad su acción represiva. Calificar al escrache de *fascista* equivale a definir a este último por sus accidentes y no por su sustancia: es como decir que el negro es un color fascista.

Volviendo a las tesis de Talmon, el escrache es un fenómeno propio de una forma específica de la democracia: la liberal, no la fascista. Hay muchas cosas reprobables del fascismo, pero no parece que este sea el caso. El escrache es producto y expresión de una democracia decadente o en crisis, que parece ser el actual estado del sistema político argentino.